

Introducción

Pequeñas criaturas móviles

Visto de lejos, desde el privilegio que puede ser la diáspora, Puerto Rico parece un país sin futuro. En noviembre de 2024, gana las elecciones a la gobernación una trumpiana proestadidad quien, como su líder y varios políticos estadounidenses de los años cincuenta del siglo pasado, adopta la propagación del miedo al socialismo como plataforma política. “Si gana la independencia, esto será Venezuela”, parece decir la candidata, asustada por los adelantos inéditos de su contraparte Juan Dalmau, representante del Partido Independentista Puertorriqueño y su alianza con el Movimiento Victoria Ciudadana, cuya plataforma incluye “el rescate de las instituciones públicas; la reconstrucción social, económica, ambiental y fiscal; y la descolonización de Puerto Rico”.¹ La derrota de la Alianza de País en las urnas es ejemplo de cambio y movimiento, pues supone una ruptura con el bipartidismo isleño. No deja, sin embargo, de ser una *derrota* que recalca el historial del Partido Independentista, que usualmente no obtiene más del 5 % de los votos.² A la vez

1 Véase su web: <https://www.mvc.pr/>.

2 Jorge Duany resume que, mientras en 1952, el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) recibe la segunda mayor cantidad de votos, su fuerza electoral

que el Partido Nuevo Progresista (PNP) y la Alianza se enfrascan en su contienda inesperada, donde el PNP vence de forma tan contundente como nebulosa, al escaso futuro del país contribuye la impresión de que el Partido Popular Democrático da sus últimos coletazos, el mismo partido que, a mediados del siglo pasado, formulara el oximorónico estatus político de hoy, el Estado Libre Asociado, que ni es libre ni es Estado.

A partir de fines del siglo pasado, las crisis recurrentes de la isla, que recientemente incluyen desastres político-naturales como el huracán María, la deuda pública impagable y la concomitante imposición de la Junta de Supervisión Fiscal por el presidente Barack Obama, han precarizado aún más la sociedad. La agudizada desigualdad y el recrudescimiento de un panorama con escasas oportunidades educativas y laborales refuerzan tanto el desarrollo de la economía paralela o “subterránea” como la migración entre Puerto Rico y la *mainland* metrópolis, que funciona como válvula de retorno y escape. La Florida central, que cuenta entre su población con más de un cuarto de millón de puertorriqueños, acaba de soportar, en octubre de 2024, el embate de dos huracanes, Helene y Milton, que dejan casi doscientos cincuenta muertos y alembrestan los espectros de los casi tres mil muertos que dejó el huracán María en 2017 al pasar por Puerto Rico. El panorama político en esta *mainland* metrópolis tampoco esperanza, debido al triunfo rotundo del criminal Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Él y su contrincante demócrata, Kamala Harris, ofrecían dos visiones de futuro antagónicas para la metrópolis colonial; fascista la del expresidente, con promesas de deportaciones masivas y persecuciones políticas; y unificadora la de la exvicepresidenta, cuyo discurso de conciliación en un nuevo despertar político no compensó por su apoyo al expansionismo genocida de Israel y la inflación de los bienes cotidianos. Ninguna de estas dos visiones que prometían los *overlords* imperiales te-

se reduce a menos del 5 % a partir de 1960 (86). Aunque el PIP no representa a toda la demografía que añora la independencia para Puerto Rico, tanto en las elecciones generales como en los plebiscitos sobre estatus, las urnas demuestran vez tras vez que en la isla muy poca gente comparte el deseo de independizarse de los Estados Unidos. Un voto por la Alianza no significa necesariamente un voto por la independencia de Puerto Rico.

nía en cuenta a Puerto Rico como un proyecto político apremiante. En esta ceguera, ambas visiones se parecen a las de todos sus antecesores.

Argumentar que Puerto Rico sí tiene un futuro brillante sería la respuesta patrióticamente predecible ante un panorama (económico, cultural, climático) que apunta hacia lo contrario. En vez de enfocarse, por ejemplo, en la anquilosada estrategia política de los dos partidos principales, podría resaltarse la esperanza que la Alianza presenta como cortocircuito del proceder político de los últimos setenta años. Podría elogiarse el activismo de congresistas hispanos como Nydia Velázquez y sus aliados, que abogan desde el centroizquierda estadounidense por alguna fórmula descolonizadora para Puerto Rico. Podrían subrayarse las protestas que, en 2019, logran deponer a un gobernador, o los movimientos solidarios que logran mantener públicas las playas, o las fundaciones y microempresas que sacan adelante a los pequeños agricultores, o el éxito de las editoriales independientes, que mantienen viva a la precaria industria cultural del libro. Podría argumentarse que, como contraparte de las carencias de los campos políticos y literarios puertorriqueños, la isla goza de gran impacto cultural en el mundo, gracias a figuras musicales y de la farándula, como Bad Bunny y Residente, o gracias al perfil político, también farandulero, de la representante demócrata Alexandria Ocasio-Cortez, quien, para movilizar a los votantes jóvenes, figura prominentemente en TikTok, Instagram y otras redes sociales.

No es menester del presente estudio, sin embargo, defender con optimismo una linda visión de futuro, subjuntiva siempre: ojalá que se dé. Ante una idea de futuro perdida o desplazada, que demuestra en incrementos ser *peor*, y donde la esperanza asoma solo como el envés plateado de una hoja yagrumo, este libro se solidariza con la obra de los autores que estudia al torcer e, incluso, descartar la idea misma de un “futuro mejor”. Adopta un proceder de la teoría *cuir* que cuestiona la “crononormatividad”, la idea de que las poblaciones laboran en pos de un mejor porvenir para el planeta, el país, para “nuestros niños”, y para las instituciones o empresas que nos emplean.³ Hay gentes y hay

3 Como síntoma de la inestabilidad que la teoría *queer* defiende, este estudio alterna el uso de las voces “*queer*” y “*cuir*”, la transliteración al español del término

ficciones que nunca aspiraron a estos acuerdos que se dan por sentado, por ejemplo, desde 1) el *gender reveal party*, moda que convierte en espectáculo el género sexual de los nonatos; 2) la escuela elemental, con su propósito de formar mejores ciudadanos; 3) la escuela superior, con el objetivo de mandar a sus chicos a la universidad, cebando una industria en crisis mientras los moldea en productivos ciudadanos clasemedios; 4) las iglesias, ese sostén de la familia, que acapara el más manipulador de los futuros, el Cielo. Según asegura Jack Halberstam, deshacerse de la noción de un futuro promisorio, nos fuerza a enfocarnos en el aquí y ahora, “while the threat of no future hovers overhead like a storm cloud, the urgency of being also expands the potential of the moment and [...] squeezes new possibilities out of the time at hand [mientras la amenaza de ningún futuro flota por encima como nube tormentosa, la urgencia del ser también expande el potencial del momento y [...] le saca mayores posibilidades al presente]” (2). Aplicar este procedimiento a la situación política puertorriqueña equivaldría a decir, como propone la Alianza, que en vez de perseguir el espejismo del estatus político de la isla, futuro siempre relegado y que promete la cura de todos los males de la nación, los partidos, el Congreso y los votantes deberían enfocarse en un aquí y ahora condicionado, por ejemplo, por los fallos del sistema eléctrico, los cierres de las escuelas, el éxodo del personal de salud, los bajos salarios y las oleadas de crímenes violentos.

Adoptar la crítica de la crononormatividad, procedimiento propio de la teoría cuir, no implica que este libro se dedique solo a narrativa cuir, ni únicamente a autores que se identifican con las varias aristas de esta colectividad. Estas teorías constituyen buenos dispositivos

original en inglés. Para referirse a la teoría cuir se han propuesto otros nombres, como “teoría maricona” (Daniel Torres) y “teoría rarita” (Carlos Monsiváis). En una intervención productiva, Amy Kaminsky propone el verbo “encuirar” como “*to queer*”, el proceso de desnudar las capas de significación de los productos culturales mientras se desvelan sus prejuicios en cuanto a los componentes genérico-sexuales de la identidad. Rivera, en *La hermosa carne* (71-98), resume estos debates en torno a la posibilidad de traducción de la teoría cuir a un contexto hispanohablante que le es foráneo y, con frecuencia, hostil.

para aproximarse al futuro y a las narrativas de la última década, porque, como declara José Esteban Muñoz, “the future is the domain of the queer [el futuro es el reino de lo cuir]” (1), ya que, al rechazar el estatismo de la identidad, los sujetos cuir, como el futuro, estamos siempre a punto de formarnos, ágiles, casi al alcance de la mano. “El tiempo cuir”, resume Alexis Lothian

significa romper con los senderos directos y estrechos del futuro provisto para la familia reproductiva, para el ciudadano que acata las leyes y para el que cree en los mercados. El tiempo cuir lo que hace, por el contrario, es detenerse y rehuir, a la vez que brilla en los momentos de utopía efímera, o se pliega para reanimar un pasado placentero o doloroso (3).⁴

En sus manifestaciones más contestarias, como la de Lee Edelman en *No Future*, el tiempo *queer* rechaza la idea de que “los jóvenes son el futuro”, o de que la ingenuidad de los niños, “porvenir de la patria”, tiene que preservarse a toda costa, uno de los alegatos contra la perspectiva de género en las escuelas. Las temporalidades *queer* sospechan de las utopías o distopías venideras, aunque no niegan que estas puedan ser vehículos convenientes para la especulación en torno a futuros que probablemente nunca cuajarán, a la vez que mantienen una relación ambivalente con las desolaciones y los goces del pasado. El/la intelectual *queer* se sitúa, de nuevo, en este aquí y ahora movedizos para argumentar que, en el futuro heterosexual, productivo, de familias y herencias, *elle* no cabe, así que resulta necesario descartar del todo la idea del futuro, o inventarse otras posteridades donde las personas marginalizadas

4 Se incluye la traducción directa de citas largas en el texto de este estudio para mantener el flujo de la escritura. En casos de que no exista traducción de los textos originales, tal como ocurre con muchas de estas teorías ultracontemporáneas, el autor de este estudio las produce por cuenta propia. Aquí Lothian provee un excelente resumen de la noción de futuro o “*futurity*” según la teoría *queer*, mientras concluye que: “Queer time signifies breaking with straight and narrow paths toward the future laid out for the reproductive family, the law-abiding citizen, the believer in markets. Instead it lingers or refuses, flashing up in moments of ephemeral utopia or doubling back to reanimate the pleasurable and/or painful past” (3).

(los boricuas, las “locas”) han sido exterminadas, o han reclamado para sí mismas el rol protagónico que les niegan las condiciones del presente.

Incluso cuando no tratan directamente sobre el futuro o la ciencia ficción, los relatos que aquí se estudian insertan una cuña en esta ideología de que todo tiempo futuro será mejor, la cual también está ligada al “tecnoprogresivismo”, la convicción de que la tecnología de hoy es mejor que la de ayer, y que la de mañana será mejor que la de hoy.⁵ Estas narraciones se enquistan en parajes decaídos (Santurce, la charca, la montaña, la Europa periférica), donde el tiempo discurre de forma propia, lenta o estancada, ajena a la de un tiempo normativo que requiere siempre, de las vidas que enmarca, más productividad, más eficiencia, más promociones, matrimonios, casas, jefes, carros, hijos, gastos, etcétera. En ocasiones, el humor o la ironía intervienen para alterar y cuestionar la temporalidad de estos relatos, como ocurre en *Malacostrumbrismo*, de Carlos Vázquez Cruz, que trata de forma hilarante un pasado de abuso sexual infantil. A veces, el género literario de la narración resulta particularmente idóneo para justificar meditaciones sobre la temporalidad cuir de las Antillas, como ocurre con el caso de *Jadeante y sudorosa*, de Mayra Santos-Febres, una crónica sobre su vida de corredora aficionada. Cuando a la humanidad sí le depara un futuro brillante, como en el caso de *Biografía de los planetas tristes*, de Eiric R. Durändal Stormcrow, este solo se alcanza gracias al antiguo recurso del *deus ex machina*, presente ya en el 500 a. C. en las tragedias de Esquilo, pero convertido aquí en un pájaro eléctrico y, por eso, *del futuro*, porque el futuro, como los autos, va a ser eléctrico.

La novela, la crónica, y los cuentos puertorriqueños que aquí se estudian, publicados casi todos a partir de 2012, no siempre aspiran

5 La socióloga Eve Shapiro define el “progresivismo técnico” como “a paradigm that suggests that all technological innovation produces beneficial social change [un paradigma que sugiere que toda innovación tecnológica beneficia el cambio social]” (49). Esta visión teleológica del desarrollo tecnológico no considera los usos destructivos de estos supuestos “avances”, ni los modos en que la tecnología coarta, en vez de adelantar, el progreso humano, como cuando altera nuestras posturas o crea dependencias que nos roban el sueño.

a reflejar las condiciones sociales de la isla, sino que también actúan como un espacio para negociar la identidad, el trauma, la creatividad, la soledad, la resistencia, y las nociones de la realidad y de un futuro colectivo. Se instalan en el presente, mientras reconocen la precariedad del panorama cultural y vivencial del ahora; y, aun así, persisten, “hacen patria”, incluso cuando no ambicionan hacerla, o cuando descartan la misma noción heterosexista de la patria, o proyectan mediante la palabra escrita los peores atributos de esta. En casi todos estos relatos, la violencia, en particular, resulta un tema que atraviesa la vida, la imaginación y el imaginario que los puertorriqueños llegan a tener de sí mismos cuando reflexionan en torno al hecho de que viven en un país violento.⁶ Con pocas excepciones, estas narrativas exploran la violencia explícita del narcotráfico, el abuso sexual, los accidentes de tráfico y la violencia de género, junto con otras violencias más sistémicas como la marginación económica, el racismo, la corrupción y la ruina del sistema de salud. Los escritores y las escritoras que se aproximan a estas violencias no las articulan de manera unidimensional ni las presentan como un fenómeno exclusivamente boricua, sino que las ponen en diálogo con escrituras contemporáneas y de la tradición hispánica, con Stephen King y los vampiros, con las series de anime, con el cine de superhéroes y los videojuegos. En casi todos estos relatos, los autores exploran cómo sus personajes lidian con estas experiencias de violencias públicas o íntimas, tanto desde la perspectiva de quienes las sobreviven como de quienes, en ocasiones, las perpetúan o interrumpen.

6 En el título *Futuro país imaginario*, esta última palabra se entiende en su acepción coloquial de “ilusorio” o “fantástico”. Sin embargo, al escribir sobre “el imaginario que los puertorriqueños llegan a tener de sí mismos”, me refiero a la idea andersoniana, evidente *a priori* en el ensayo *Insularismo* de Antonio S. Pedreira, de que las preguntas que consumen a la nación se relacionan con qué y cómo son los puertorriqueños. La entelequia de la nación funciona no solo para definir quiénes la componen, cómo fue su pasado, y cuál será su futuro en conjunto, sino también para configurar quién pertenece a otra nación y cómo son los miembros que la componen. El concepto se presta, claro está, para validar toda clase de generalizaciones y prejuicios.

En conjunto con las representaciones crudas de la violencia, muchos de estos relatos, como el de Mayra Santos-Febres en *Mujeres violentas* o el de Ana María Fuster Lavín en *Callejón de los gatos*, también se nutren de un sentido de resistencia y pertenencia hacia ese mismo entorno con el que sostienen una relación conflictiva. Sus personajes viven en terrenos aldeaños a humedales, o en ciudades junto a decenas de animales realengos, y aun así deciden quedarse, no tanto porque padecen del síndrome de Estocolmo, sino porque quieren demostrar que aún aman el lugar que los maltrata; es decir, *persisten*, molestos y frustrados, *persisten*. Cuando aparece la esperanza, lo hace como un filo tenue, o en la forma literal de un revólver, como un reto contra la adversidad o como estrategia de supervivencia. Pese a encontrarse atrapados en espacios y situaciones difíciles, la mayoría de estos personajes no son víctimas pasivas, sino sujetos con agencia que gestionan fórmulas de solidaridad o encuentran modos de escaparse de la realidad, a veces provistos de las inclinaciones especulativas de los relatos donde aparecen. Esto ocurre, por ejemplo, en un cuento de Janette Becerra, cuando el horticultor que lo protagoniza se convierte en un nigromante exitoso gracias a la agricultura y no gracias al estudio de textos arcanos. Mediante pequeños gestos de resistencia cotidiana, o finales inconclusos, o restituciones de órdenes perdidos, personajes como el horticultor de Becerra articulan la pequeña posibilidad de un futuro diferente, a veces gracias a la iteración de prácticas pasadas tan fundamentales como el cultivo. La esperanza, entonces, emerge en varios relatos como una fuerza delicada que desafía las limitaciones impuestas por la violencia y el sufrimiento en un sistema social capitalista diseñado para beneficiar a unos pocos, antes más al académico que al agricultor y, hoy día, más al tecnócrata que al académico.

El filo de esperanza que a veces aparece en los bordes de muchas de estas violencias sobrecogedoras resulta una potente herramienta para entender las dinámicas creativas y sociales de un pueblo que parece toparse con un *impasse* histórico y, sin embargo, continúa buscando modos de reinventarse, *persiste*. Al tratarse de géneros narrativos breves e intensos, con temporalidades espesas, el cuento, la crónica y la novela corta permiten que los autores condensen sus experiencias y poder imaginativo en relatos que, no por parecer personales, dejan

de ser colectivos, o que, por el contrario, claman para sí mismos una soledad creadora a ultranza, que se entiende como el ejercicio de las pocas libertades que nos quedan. Desde diversas perspectivas, géneros y estilos, estos autores ultracontemporáneos ensamblan ambientes literarios donde las pulsiones violentas de la realidad puertorriqueña y otros ámbitos humanos frustran los deseos de transformación y cambio que aún detentan, como un fósforo encendido. El análisis de esta interacción entre violencia y esperanza revela las múltiples formas en que la violencia afecta a la isla, mientras expone sus orígenes y ramificaciones. La lectura cautelosa de estos cuentos en relación con sus contextos de producción y varias teorías literarias (la cuir, la formalista, la poscolonial) ilumina cómo, aun cuando la luz se apaga y el paso del tiempo se desacelera, estos personajes inauguran espacios para la resistencia y la creación de nuevas posibilidades, aun si esta nueva posibilidad consiste en resignarse a vivir acompañada del gato fiel.

Mientras desentraña las complejas relaciones entre el sufrimiento y el futuro escaso, este estudio subraya cómo estas narrativas contribuyen a una reflexión más amplia sobre la realidad contemporánea de Puerto Rico, y sobre el privilegio de poder aún crear bajo condiciones de precariedad, o en sintonía con las mismas. Es innegable que la diversidad de aproximaciones de estos autores al proceso de la creación literaria constituye, en sí misma, una especie de esperanza, por leve que sea, si se considera la improbabilidad de que estos textos alcancen un alto nivel de popularidad lectora, la esquivada medida del éxito según la visión mercantil de la industria del libro.

Al cuestionar el proceder lógico del tiempo mientras aborda narrativas que se centran en grandes violencias y esperanzas mínimas, *Futuro país imaginario* propone una lectura crítica de autores puertorriqueños bastante establecidos ya en la cultura literaria *hispanófono* del país. Como otra expresión de su gestualidad cuir, la selección de textos aquí reunidos, pese a enfocarse en escritores conocidos, propende más hacia la multiplicidad de expresiones que hacia el deseo de esbozar un panorama *total* de la producción narrativa en el Puerto Rico actual. Se combinan narraciones realistas, como las de Mayra Santos-Febres y Carlos Vázquez Cruz, con ciencia ficción y relatos de terror, como los de Eiric R. Durándal, Ana María Fuster Lavín y Janette Becerra.